

prestaban los arcos que se doblaban por encima de su cabeza, las dos columnas que la encerraban como marco, y la hermosa armonía que daba á todo el patio, como si hubiera sido necesario adorno á aquella arquitectura, concebido por el arquitecto al tiempo de trazar el plano: habiérase dicho que era una sultana esperando á su señor, pensando en otro cielo y en otros amores. Seguía mirándonos: el corazón comenzó á latirme apresuradamente, é interrogué á mi amigo con una mirada para convencerme de que no estaba soñando. De repente rióse la sultana, bajó su blanco velo y desapareció.

—“Es una criada”, — me dijo Góngora. Quédeme absorto. Era con efecto una criada del administrador de la Alhambra, que tenía la costumbre de jugar esta broma á los extranjeros. Entramos en la torre llamada vulgarmente Salon de Embajadores. El interior de la torre forma dos salas. La primera se llama la sala de la Barca; y dicen algunos que se denomina así porque tiene la forma de una barca, y otros porque los árabes la llamaban sala de la *baraka*, ó bendición, palabra que el vulgo ha convertido en “barca.” Esta sala no parece obra humana: no es más que un prodigioso enlázamiento de bordaduras en forma de guirnaldas, rosetones, ramos, follajes, que cubren el techo, los arcos, las paredes, en todos sentidos, juntos, entrelazados, formando redecilla; y combinados de tal manera, que se presentan á la mirada todos de golpe, ofreciendo un aspecto de magnificencia que sorprende y una gracia que cautiva. Me acerqué á una de las paredes, miré un arabesco desde su

origen y quise seguirle con la mirada en sus vueltas y revueltas. ¡Imposible! la mirada se pierde, la mente se turba, y todas las líneas, desde el pavimento hasta la bóveda, parecen moverse y confundirse para hacer perder el hilo de sus incomprensibles redes. Podéis esforzaros por no mirar á vuestro alrededor, fijar toda vuestra atención en un solo pedazo de pared, meter allí las narices, seguir el dibujo con el dedo: es inútil; al cabo de un minuto los dibujos se embrollan, un velo se extiende entre vosotros y la pared y vuestro brazo cae fatigado. La pared parece tejida como estofa, dibujada como brocado, con calados como encaje, acuchillada como hoja; no se la puede mirar de cerca, ni fijar en la mente su dibujo, porque sería igual que querer contar las hormigas de un hormiguero. Uno se ha de contentar con seguir las paredes con mirada vaga, después descansar, mirar de nuevo, y al reposar, pensar en otra cosa y charlar. Después de haber mirado un poco á mi alrededor, como hombre á quien da vueltas la cabeza, más que como hombre poseído de admiración, volvíme hácia Góngora para que leyera en mi cara lo que quería decirle.

—Entremos en la otra casuca — me dijo sonriendo.

Y me llevó á la gran sala de Embajadores, que ocupa todo el interior de la torre, pues la sala de la Barca pertenece en realidad á un pequeño edificio, que si bien se halla unido á la torre, no forma parte de ella. El salon es de forma cuadrada, espacioso, recibe la luz por nueve grandes ventanas en forma de puertas y que presentan aspecto de alcobas. Cada una de

ellas está dividida en dos por una columnita de mármol que sostiene dos pequeños y elegantes arcos, sobre los cuales se abren á su vez dos pequeñas ventanas también arqueadas. Las paredes se hallan cubiertas de mosaicos y arabescos de gran delicadeza y variedad de formas indescriptibles, y de innumerables inscripciones que se extienden cual largas cintas bordadas sobre los arcos de las ventanas, sobre los frisos, y alrededor de las pequeñas hornacinas, donde se collocaban vasos llenos de flores y aguas perfumadas. El techo, que se eleva á grande altura, está compuesto de pedazos de madera de cedro, blancos, dorados, azules, unidos y formando círculos, estrellas y coronas, formando gran número de bóvedas, celdas, ajimeces, y descendié vega luz: de la cornisa que une las paredes al techo penden pedazos de estuco cortado en forma de macetas y trabajados á modo de estalactitas y ramos de flores. El trono se hallaba situado ante la ventana del centro, en el lado opuesto á la puerta de entrada. Desde las ventanas de este lado se goza de la vista magnífica del valle del Darro, profundo y silencioso cual si se hallara también fascinado por la majestad de la Alhambra. Por las ventanas de los otros dos lados se ven los muros del circuito y las torres de la fortaleza; por el de la entrada, un poco lejos, los arcos ligeros del patio de los mirtos y las aguas del estanque que reflejan el azul del cielo.

—Y dígame Vd.—me preguntó Góngora:—¿vale esto la pena de soñar con la Alhambra durante trescientas sesenta y cinco noches seguidas?

—Es extraño—le contesté,—lo que en estos mo-

mentos me pasa por la cabeza: ese patio, tal como desde aquí se ve, esta sala, esas ventanas, esos colores, todo cuanto me rodea, no me parece nuevo; se me figura que responde á una imágen que tenía en la mente, no sé cuándo ni cómo, confundida entre otras mil, nacida tal vez en sueños. ¡Qué se yo! Cuando tenía diez y seis años, cuando estaba enamorado y nos mirábamos fijamente una pobre niña y yo, solos en un jardín, á la sombra de una cabaña, dejábamos escapar, sin notarlo apenas, un grito de dicha que nos hacía estremecer cual si hubiera salido de la boca de una tercera persona que hubiese descubierto nuestro secreto. Pues bien: entonces deseaba con frecuencia ser un rey y tener un palacio; al dar forma á este deseo, mi imaginación no se fijaba nunca en los grandes y dorados palacios de mi país, sino que volaba á lejanas tierras, y allá, en la cumbre de alta montaña se construía un palacio á su gusto, en el cual todo era pequeño y lleno de gracia y alumbrado por misteriosa luz. En él se veían largas series de salas, enriquecidas con mil adornos caprichosos y delicados, con ventanas á las cuales solo nosotros dos nos hubiéramos podido asomar, y pequeñas columnas detrás de las cuales *ella* hubiera podido apenas esconder su cara para jugarme una chanza de amor, cuando hubiera oido mi paso acercarse de sala en sala, ó resonar mi voz, confundida con el murmullo de las fuentes del jardín. Sin saberlo, al construir el castillo de mis sueños, construía la Alhambra; en aquellos momentos imaginaba algo parecido á sus salas, á sus ventanas, á los patios que aquí se ven, algo de una semejanza tal á

esto, que cuanto más miro á mi alrededor más lo recuerdo y más bien parece que reconozco su estructura, y no que la veo por primera vez. Cuando uno está enamorado, siempre sueña un poco con su Alhambra, y si pudiera traducir este sueño en líneas y colores, formaría cuadros que causarían la admiración de todos por su semejanza con lo que aquí se ve. Esta arquitectura no expresa el poder, la gloria, la grandeza; expresa el amor y la voluptuosidad: el amor con sus misterios, sus caprichos, sus efervescencias y sus impulsos de reconocimiento hácia Dios: la voluptuosidad con sus melancolías y sus silencios. Existe, pues, un lazo, una relación íntima entre la belleza de esta Alhambra y el alma de diez y seis años, la edad en la cual los deseos se trasforman en sueños y visiones. Y de aquí nace la inexplicable fascinación que ejerce esta belleza; y por esto la Alhambra, aunque desierta y destrozada, es todavía el palacio más encantador del mundo, y al cual no dirigen su adiós, los extranjeros sin derramar una lágrima. Al despedirnos de la Alhambra, nos despedimos de nuestros más hermosos sueños de la juventud, que resucitan por última vez entre estas paredes. Y damos también el postrer adiós á las imágenes queridas que han vencido por un instante el olvido de muchos años, para aparecer por vez postrera entre las columnas de estas ventanas. ¡Adiós, todos los fantasmas de la juventud! ¡adiós, ese amor que no ha de renacer jamás!

—Es verdad—respondió mi amigo;—¿pero qué dirá Vd. después de haber visto el patio de los Leones? Salimos de la torre á paso rápido, atravesamos el

patio de los mirtos, y llegamos ante una pequeña puerta situada frente á la de entrada.

—Deténgase Vd.,—me dijo Góngora.

Me paré.

—Hágame Vd. un favor.

—Ciento.

—Solo uno: cierre Vd. los ojos y no los abra hasta que yo se lo diga.

—Ya están cerrados.

—Pero no los abra, porque me causaría un disgusto.

—Quede Vd. tranquilo.

Góngora me cogió de la mano y me guió hácia adelante. Yo temblaba como la hoja en el árbol.

Dimos seguramente unos quince pasos y nos detuvimos. Góngora me dijo con voz emocionada:

—Ya puede Vd. mirar.

Miré, y lo juro sobre la cabeza de mis lectores, sentí correr las lágrimas por mis mejillas: ¡nos hallábamos en el patio de los Leones! Si en este momento me hubieran hecho salir por donde había entrado, no sé si hubiera podido decir lo que acababa de ver. Un bosque de columnas, un laberinto de arcos y encajes, una elegancia indefinible, una delicadeza que no puede imaginarse, una riqueza prodigiosa, un no sé qué aéreo, trasparente, ondulante, como grandioso pabellón de brocados; la apariencia de un edificio que un soplo puede arruinar, una variedad de luces, de perspectivas, de oscuridades misteriosas; una confusión, un desorden caprichoso de nimiedades; una majestad de palacio real, una alegría de kiosko, una

gracia amorosa, una extravagancia, una delicia, una fantasía de joven apasionada, un sueño de ángel, una locura, una cosa sin nombre: tal es el efecto que produce el patio de los Leones.....—Un patio más grande que una sala de baile, de forma rectangular, con paredes alta, como las de una casa andaluza de un solo piso. En derredor del patio ligero pórtico, sostenido por delgadas columnas de mármol blanco, agrupadas con simétrico desórden, en dos, en tres, casi sin base, que parecen troncos de árboles brotando de la tierra, y guarnecidas de capiteles variados, altos, delgados, en forma de pequeños pilares, sobre las cuales se doblan ó encorvan pequeños arcos de la más graciosa forma. Estos arcos parecen, no apoyados, sino suspendidos por encima de las columnas; diríase que son cortinas colocadas sobre estas columnas, como cintas ó guirnaldas flotantes. De en medio de los dos lados más estrechos avanzan dos grupos de columnas que forman como dos templete cuadrados, de nueve arcos cada uno rematado en pequeña cúpula multicolor. Las paredes de estos templete y el muro exterior del pórtico constituyen un verdadero encaje de estuco: se hallan adornados, bordados, ribeteados, tallados, calados de parte á parte, transparentes como malla, y cambiando de dibujo á cada paso; aquí flores embutidas en los arabescos, allá estrellas, más lejos recuadros, tableros, figuras poligonales llenas de adornos de incomparable delicadeza. Todo esto termina en dientes, festones, cintas que flotan en torno de los arcos, estalactitas, franjas, ojos de cristal, de diamantes, borlas, que parece han de

ondular al menor soplo del viento.....; inscripciones árabes corren á lo largo de las paredes, sobre los arcos, alrededor de los chapiteles y sobre los lados de los templete. En medio del patio se eleva una gran fuente de mármol, sostenida por doce leones y rodeada de un canal de piedra al que afluyen otros cuatro canales pequeños, los cuales, describiendo una cruz entre los costados del patio, atraviesan el pórtico, penetran en las salas vecinas y se reúnen á otros conductos de agua que surcan todo el edificio. Detrás de los templete y en medio de los otros dos lados, se abren dos cruías de salas con grandes puertas, que dejan ver un fondo sombrío, sobre el cual se destacan las blancas columnas cual si resaltaran sobre la boca de una gruta. A cada paso que se da por el patio, este bosque de columnas parece moverse y cambiar para dar origen á nuevas combinaciones; detrás de cada columna que parece levantarse sola, se ven aparecer dos, tres, toda una hilera; otras desaparecen, otras se acercan, otras se separan. Al mirar al fondo de una de las salas, se ve todo cambiado. Los arcos de la parte opuesta créese que se hallan en lontananza, las columnas, que se salen de sus sitio, los templete, que toman otra hechura. Se mira á través de las paredes, se descubren nuevos arcos y nuevas columnas, aquí en plena luz, allá en la sombra, más lejos apenas iluminados por la escasa claridad que se desliza por entre los agujeros de los calados, y más lejos todavía casi perdidos en la oscuridad... Es una mudanza continúa de perspectivas, de horizontes, de errores, de misterios, de juegos de luz que producen

de consuno el sol, la arquitectura y la imaginación sobrecitada y ardiente.

—¡Lo que debía ser este patio—me dijo Góngora,—cuando las paredes interiores del pórtico estaban relucientes de mosaicos, los capiteles llenos de refulgentes cintas de oro, los techos y las bóvedas pintados de mil colores, las puertas guardadas por tapicerías de seda, los nichos llenos de flores; cuando por los templos y las salas corrían las aguas olorosas; cuando de las fauces de los leones salían doce chorros de agua que caían en la fuente, y cuando el aire estaba impregnado de los más deliciosos perfumes de la Arabia!

Permanecimos en el patio más de una hora, que pasó como exhalación; y también yo hice lo que hacen todos los visitantes, españoles y extranjeros, hombres y mujeres, sean ó no poetas. Pasé la mano por las paredes, toqué todas las columnas y las oprimí una tras otra con las dos manos como el talle delgado de una niña, me escondí entre ellas, las conté, las miré desde cien puntos diversos, recorrí el patio en todas direcciones, probé si era verdad que diciendo muy quedo una palabra en la boca de uno de los leones, se oye clara y distintamente en la boca de los demás; busqué sobre el mármol las manchas de sangre de las leyendas poéticas y fatigué la mente y los ojos en los arabescos. Había allí muchas señoras. Estas, en el patio de los Leones, hacen toda clase de niñerías: introducen sus caras entre dos columnas gemelas, se esconden en los rincones oscuros, se sientan en el suelo, permanecen inmóviles durante horas enteras,

apoyada en la mano la cabeza y soñando. Y las que entonces allí se hallaban, seguían el mismo procedimiento. Una vestida de blanco pasaba por detrás de las columnas lejanas cuando creía no ser vista, tomando cierta actitud muelle y majestuosa de sultana melancólica y después se reía con una amiga. Estaba seductora. Mi amigo me dijo:

—¡Marchemos!

Y le conteste:

—¡Vamos, pues!

Pero no podía moverme. No era lo que había experimentado una mera y dulce admiración, sino que temblaba de placer y sentía un ansia loca de tocar, tentar, ver el interior de los muros y las columnas, como si hubiesen sido de material desconocido y pudiese descubrir en sus partes ocultas la causa primitiva de la fascinación que ejercía aquel lugar. No he pensado, ni dicho, ni diré jamás tantas locuras, tan hermosas chiquilladas, tantas trivialidades, tan bonitas ocurrencias, sin concierto ni razón, como dije y pensé durante aquella hora.

—Es necesario venir aquí—me dijo Góngora,—al levantarse el sol; es necesario venir cuando se pone, y de noche, cuando la luna brilla, para ver tantas y tales maravillas de colores, sombras y luz, que hacen perder la cabeza.

Fuimos á ver las salas. En el lado de Levante hay una llamada de *Justicia*, á la cual se llega pasando por tres grandes arcos, cada uno de los cuales corresponde á una puerta que da al patio. Es una estancia prolongada y estrecha, de arquitectura rica y valiente, cuyas

paredes se hallan cubiertas de arabescos sumamente complicados, de mosaicos preciosos, y cuya bóveda se ve inundada de puntos, entrantes y eminencias de estuco pendientes de los arcos, á lo largo de los muros, y que aquí y allí se juntan, se bajan, salen los unos de los otros, se oprimen y superponen como si se disputasen el espacio, y presentan todavía en muchos lados los vestigios de los colores antiguos, que debían dar á la bóveda el aspecto de pabellon recubierto de flores y frutas suspendidas. La sala tiene tres pequeñas alcobas y en cada una de ellas se ve una pintura morisca, á la cual el tiempo y la extrema rareza de las pinturas que quedan de los árabes dan inmenso valor. Las pinturas fueron hechas sobre cuero y el cuero pegado en las paredes. En el nicho del centro se hallan representados sobre fondo oscuro diez hombres que se suponen ser diez reyes de Granada, vestidos de blanco, con capuchon á la cabeza, la mano en la cimitarra, y sentados sobre almohadones bordados. Las otras dos, representan confusamente castillos, damas y caballeros, escenas de caza y amor cuyo significado es difícil descifrar. Las caras de los diez reyes responden perfectamente á la idea que tenemos formada de su pueblo: tienen ese color aceitunado, esas bocas sensuales, esos ojos negros de mirada atenta y misteriosa que uno cree ver brillar todavía en los ángulos oscuros de las salas de la Alhambra.

Al lado Norte del patio hay otra sala llamada de las *Dos Hermanas*, por dos lajas de mármol de su pavimento. Es la sala más graciosa de la Alhambra: pequeña, cuadrada, cubierta de esas bóvedas en for-

ma de cúpulas que los españoles llaman medias-naranjas, sostenidas por columnas y arcos dispuestos en círculo, trabajado todo de tal modo, que parece una gruta de estalactitas, con infinidad de puntos y de cruces, pintados y doradas, y de un conjunto tan ligero á la vista, que semeja suspendido en el aire. Se creería que al tocarla ha de moverse como una tienda ó disiparse como una nube, ó desvanecerse como pompas de jabon. Las paredes revestidas de estuco como las de las otras salas, y cubiertas de dibujo increíblemente compacto y delicado, son uno de los más sorprendentes frutos de la fantasía y de la paciencia humanas. Cuanto uno más se mira, más se estrechan y cruzan las innumerables líneas; de una figura brota otra y de ésta una tercera y las tres ofrecen otra que se había escapado antes á la mirada; ésta se divide de pronto en otras diez que tampoco habíais visto para recomponerse y trasformarse luego, sin que se acabe nunca de descubrir nuevas combinaciones, pues cuando las primeras se vuelven á presentar, se tenían ya olvidadas: sería cuestion de perder la vista y el juicio, si se quisiera hallar el hilo de ese laberinto; se requiere una hora para distinguir los contornos de una ventana, los adornos de un pilar, los arabescos de un friso; y una hora no basta para imprimir en la memoria el dibujo de cualquiera de aquellas maravillosas puertas de cedro. A ambos lados de la sala hay dos órdenes de nichos; en medio una fuentequilla con un caño para el agua que se une al pequeño canal que atraviesa el patio y va á la fuente de los Leones. Frente á la puerta de entrada y al lado opuesto, hay

otra puerta, por la cual se penetra en una sala estrecha y larga llamada de los Naranjos. De ésta, por una pequeña puerta, en un gabinete, el de Lindaraja, sobrecargado de adornos y cerrado por hermosa ventana con dos arcos, que da sobre un jardín. Para gozar de toda la belleza de esta mágica arquitectura, es necesario salir de la sala de las *Dos Hermanas*, atravesar el patio de los Leones y entrar en la de los Abencerrajes, que se encuentra á la parte de Mediodía, frente á la de las *Dos Hermanas*, con la cual tiene casi perfecto parecido en figura y en ornato. Desde el fondo de esta sala la mirada atraviesa el patio de los Leones, la sala de las *Dos Hermanas* la de los Naranjos, el mirador de Lindaraja é internase en el jardín cuya espesa verdura aparece bajo los arcos de aquella ventana, que es realmente una joya. Las dos aberturas de esta ventanas achicadas por la distancia, y que aparecen luminosas, en el fondo de esta serie de salas oscuras, semejan dos grandes ojos abiertos que nos envían sus miradas haciéndonos pensar en una más allá que existe yo no sé dónde, acaso en cierta region de misteriosos paraísos.

Después de la sala de los Abencerrajes fuimos á ver los baños, que se hallan entre la sala de las *Dos Hermanas* y el patio de los Mirtos. Descendimos por una escalerilla, pasamos por un estrecho corredor y llegamos á una sala magnífica, llamada de los *Divanes*, donde las favoritas de los reyes iban á descansar sobre tapices de Persia, al son de los instrumentos, después de haberse bañado en las habitaciones vecinas. Esta habitación ha sido reconstruida sobre las

ruinas de la antigua; y dorada, pintada y adornada con arabescos por artistas españoles, como aquélla debía estarlo; de tal modo, que puede ser considerada como una sala del tiempo de los árabes que ha quedado intacta en todas sus partes. En el centro hay una fuente, en dos paredes opuestas dos especies de alcobas donde las mujeres descansaban, y más arriba las tribunas en las cuales se colocaban los músicos. Los muros se hallan galoneados, manchados, abigarrados, con lunares de mil vivos colores, y presentan el aspecto de una tapicería de ropas chinas, bordadas con torzales de oro, trazando interminables trececerías que volverían loco al más paciente fabricante de mosaicos de la tierra. ¡Y no obstante, un pintor trabajaba en aquella sala! ¡Hacia tres meses que estaba copiando las paredes! Era un alemán, Góngora, que le conocía, le preguntó:

—Es un trabajo enojoso; ¿no es cierto?

El otro le contestó:

—No me cansa;—y se inclinó de nuevo hácia su cuadro.

Yo lo miré como hubiera mirado á un sér del otro mundo. Entramos en las salas de baño, pequeñas, abovedadas, que reciben luz cenital por medio de agujeros esparcidos por lo alto de las paredes en figura de estrellas ó de flores. Las pilas son de mármol de una sola pieza, tan grandes que llenan el espacio entre los muros. Los corredores que conducen de un gabinete á otro, tan bajos y estrechos, que á duras penas puede pasar por ellos un hombre; reina allí una frescura deliciosa. Al entrar en uno de esos gabi-

tes, un triste pensamiento me sobrecogió de improviso.

—¿Qué es lo que le ha dejado á usted atónito?— me preguntó mi amigo.

—Pienso—le respondí,—en el modo como vivimos, tanto en verano como en invierno, en esas casas que tienen todo el aspecto de cuarteles, en esos cuartos de tercer piso, ó demasiado oscuros, ó inundados de torrentes de luz, sin mármoles, sin agua, sin flores, sin columnas; pienso que hemos de vivir y morir así, sin haber probado una sola vez las voluptuosidades de este palacio encantado; pienso que en esta miserable vida moderna se puede gozar inmensamente, y que yo no gozaré nada! ¡Pienso que hubiera podido nacer hace cuatro siglos, rey de Granada, y que en vez de esto soy un pobre hombre!...

Mi amigo se rió, y cogiéndome el brazo con el dedo meñique y el pulgar, como para pellizcarme, me dijo:

—No piense usted en eso. Piense en todo lo que habrán visto estas pilas, de gracioso, hermoso y secreto; en los pequeños piés que han jugado en sus aguas perfumadas; en las largas cabelleras que se han suspendido en sus bordes; en los grandes y lánguidos ojos que han mirado al cielo á través de las aberturas de esta bóveda; mientras bajo los arcos del patio de los Leones resonaban los pasos de un califa impaciente. Piense usted en los cien chorros de agua que se soltaban por el palacio, diciendo con su murmullo:—¡Ven!... ¡ven!... ¡ven!...—Y piense usted en el salon embalsamado, donde un esclavo, temblando

de respeto, cerraba las ventanas, corriendo las cortinas de color de rosa...

—¡Ahl por favor: ¡deje usted que mi alma viva en paz!—respondíle yo encogiendo los hombros.

Atravesamos el jardín del gabinete de Lindaraja, despues un patio de aspecto misterioso, llamado el *patio de la Reina*, y por una galería que mira al campo llegamos á la cúspide de una de las últimas torres de la Alhambra, bajo un pequeño pabellon abierto, llamado *Tocador de la Reina*, que parece suspendido sobre un abismo como el nido de un águila. El espectáculo que desde allí se goza—bien puede decirse sin temor de que nadie lo desmienta,—no tiene igual en la tierra. Imaginaos una inmensa llanura verde como un prado cubierto de hierba nueva, atravesada en todos sentidos por interminables hileras de cipreses, pinos, encinas, álamos, sembrada de espesos bosques de naranjos, que á tal distancia parecen arbolillos enanos, y de grandes huertas y jardines rebosando árboles frutales, como colinas revestidas de verdura. Atravesando esa inmensa llanura el Genil brilla entre los bosques, cual inmensa cinta de plata; alrededor verdes montículos y más allá de éstos, altos peñascos de formas fantásticas, que se extienden cual circuito de murallas y torres titánicas, para separar aquel paraíso terrestre del resto del mundo. Despues, bajo nuestros ojos precisamente, la ciudad de Granada en parte tendida sobre el fondo del valle, en parte levantándose sobre la pendiente de una loma, sembrada toda de grupos de árboles, de manchas, de masas informes de verdura que se elevan y ondulan